

un enfoque interesante del personaje cervantino. Sin embargo, la promesa no se cumple, ya que Sletsjöe utiliza la figura de Sancho únicamente como instrumento probatorio de una tesis que puede sintetizarse como sigue: al revés de Don Quijote —personaje bien trazado en su evolución psicológica a través de toda la novela—, Sancho está mal delineado, con “pinceladas que añade Cervantes acá y allá” (p. 100); presenta, entre la parte I y la parte II del *Quijote*, una “ruptura” (p. 99) que nos hace ver que se trata de “dos Sanchos” (p. 98) y no de uno. Como, además, en casi todo el libro de 1615 Cervantes hace a Sancho protagonista, pues “ha dejado en la sombra a Don Quijote” (pp. 102 y 103), “es más justificable hablar de dos novelas y no de una sola” (p. 103). En la parte II, en efecto, las intenciones de Cervantes han variado y consisten principalmente en una crítica político-social “dirigida contra la gente acomodada que se burlaba de los pobres” (p. 102). Cervantes “tenía algo que decir de lo suyo, ciertas censuras que hacer, y ¿cómo mejor hacerlas que en una «continuación» de la novela sobre la vida del caballero? Se me antoja que no se podía valer aquí del propio Don Quijote... Pero el escudero estuvo a su plena disposición” (pp. 103-104).

La tesis anterior, de suyo inaceptable, convence menos aún a través del procedimiento demostrativo de Sletsjöe, que él mismo explica como sigue: “Reunimos en distintas secciones las citas que conciernen a las características más salientes de Sancho, y en cada una de ellas hacemos un apartado con «1605» y con «1615». Luego discutiremos el material así presentado” (p. 17). Es decir, mediante la comparación de citas del primer *Quijote* con otras del segundo, Sletsjöe pretende poner en evidencia la dualidad de Sancho Panza. Este procedimiento comparativo resulta ineficaz: el autor selecciona sus citas de manera arbitraria e incompleta. Así, por ejemplo, cuando trata de probar que el “segundo Sancho” es codicioso, opone siete citas o referencias de 1615 a una sola de 1605. Aquéllas no son ni siquiera las más representativas para los propósitos de Sletsjöe, y ésta hubiera podido multiplicarse para hacernos ver que el escudero se muestra igualmente codicioso en ambas partes de la novela. De la misma manera procede Sletsjöe cuando trata de cualquiera de las otras “características más salientes” del personaje.

Por otra parte, la afirmación de que “Cervantes no se podía valer del propio Don Quijote” para criticar a la sociedad de su tiempo, es muy deleznable. ¿Acaso Cervantes no censuró con eficacia, y en asunto espinoso, cuando el caballero se defendió de las acusaciones del clérigo cortesano de los Duques (II, 32), y en muchos otros lugares del segundo *Quijote*, como el de los consejos al futuro gobernador?

En conclusión, la tesis de Sletsjöe no logra convencer en ninguno de sus aspectos. Está basada en el análisis, ingenuamente tendencioso, de un solo personaje, sin tomar en cuenta las demás criaturas novelescas y las situaciones y circunstancias que determinan la unidad total de la obra; hay parcialidad en el empleo de las citas cervantinas; y existe una gran dispersión —a lo largo de todo el estudio— en la exposición de sus conclusiones fundamentales. Finalmente, el ensayo no da la prometida visión de Sancho como “hombre de bien”. En este aspecto, el autor reconoce honestamente: “Pero si pongo tanto interés en Sancho, eso sea dicho para mayor claridad, lo hago principalmente porque el examen del escudero podrá decirnos mucho de la manera de pensar y escribir del propio autor...” (p. 14), es decir, de Cervantes. —TERESA AVELEYRA (El Colegio de México).

BERNARDO GICOVATE, *Conceptos fundamentales de literatura comparada. Iniciación de la poesía modernista*. Eds. Asomante, San Juan de Puerto Rico.

1962; 149 pp.—Consta el libro de una parte introductoria, en la que el autor pretende sentar las bases teóricas de su estudio, y de una segunda parte, "La iniciación modernista", donde se examinan los antecedentes del modernismo y algunos ejemplos sueltos de la obra de Martí, Julián del Casal y José Asunción Silva, a la vez que se rastrean las influencias que estos poetas han recibido de autores europeos.

Se queja el autor, en el prólogo, de "la confusión que reina hoy día en cuanto a los fines, los métodos, el alcance, las posibilidades" de la literatura comparada, y añade: "Se cree más interesante por lo general hablar sobre las influencias y los parecidos entre escritores..., sin reflexión alguna sobre la validez de las conclusiones o, muchas veces, ni siquiera sobre la certeza de las premisas o el rigor con que se deben emplear los conceptos fundamentales de la materia". Deplora "la superficialidad congénita del estudio literario" y "su exacerbación en lo que atañe a las influencias, los parecidos, las afinidades, las relaciones literarias", para afirmar que lo que se hace en el campo de la literatura comparada "queda hecho, a menudo, sin los apuntes teóricos que ayudarían a los investigadores siguientes". Resuelto a suplir esta falta, él se ha esforzado por juntar "a las reflexiones teóricas una aplicación práctica en el estudio de un momento de la historia literaria hispánica" (pp. 7-8).

Todo esto me parece irrefutable, y las intenciones son de lo más encomiable, pero, por desgracia, el autor se queda corto en el cumplimiento de sus propósitos. En ninguna parte del libro se encuentran esas bases teóricas que ayudarían a los futuros investigadores. Cuando Gicovate asienta principios generales, él mismo los contradice en la práctica, o sea en el estudio de los tres poetas antes mencionados. "Ha de hablarse de influencias —ha dicho en la p. 19— ...sólo cuando se trate de un fenómeno que abarque la obra o la personalidad del autor y tenga importancia en su comprensión, nunca para indicar una deuda aislada, reminiscencia, epígrafe o referencia". Pero encuentro que es eso precisamente lo que él hace cuando cree descubrir "un recuerdo inconsciente del *Moro de Venecia*" en *La perla de la mora*, de Martí (p. 98), basándose en lo que no pasa de ser una mera coincidencia temática incidental. Y hay más. Dice Gicovate: "A veces la fuente de un poema se hallará en un verso ajeno, o una pintura vista, pero de ello no podrá deducirse una influencia, sino sólo un accidente que en ningún caso podrá ser de importancia en la comprensión del poeta estudiado" (pp. 19-20). Pero, olvidando esta afirmación tan tajante (y tan discutible), el propio Gicovate, a unos capítulos de distancia, quiere explicar al protagonista de *De sobremesa*, de Silva, por "la actitud del adolescente [Silva] enamorado de los cuadros prerrafaelitas de Londres" (p. 126).

Prescindiendo de estos reparos, el libro ofrece muy buenos ejemplos de explicación de textos y excelentes rastreos de algunas fuentes importantes. Es probable que lo ambicioso del título y de los propósitos que se declaran al principio haga esperar otra cosa y estorbe un poco para ver lo que hay de serio y bien hecho en el estudio de los tres poetas, sobre todo en el consagrado a Martí.—FLORA BOTTON BURLÁ (El Colegio de México).

DANIEL A. FINEMAN (ed.), *Studies in western literature*. The Hebrew University, Jerusalem, 1962. (*Scripta Hierosolymitana*, 10).—Hay en este volumen once ensayos escritos por profesores de la Facultad de Humanidades de la Universidad de Jerusalén. Tres de ellos se ocupan de letras hispánicas, y son los únicos que voy a comentar.